

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas cast folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
En provincias.	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La historia, II, por D. Enrique Domenech.—Teatro español: *Tirso de Molina*, II, por D. A. Alcalde Valladares.—*La vida*, soneto, por D. Ildefonso Llorente Fernandez.—Galería histórica, II: *Eva*, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*Amor*, traducción de Víctor Hugo, poesía, por D. R. Ferrer y Bigné.—*Consecuencias de la envidia*, leyendas árabes, por la señorita Doña Rogelia Leon.—*Cantares*, por D. A. Campos y Carreras.—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herrero.—*Modas, correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—*Charada*, por E. D.—Explicación del figurin que se repartió con el número anterior.—Explicación del grabado de lencería que se reparte con éste.—Variedades. Pliego segundo de 16 páginas de *Cárlos y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

LA HISTORIA.

II.

Como hemos dicho en el artículo anterior, la historia no ha tenido siempre el mismo carácter, ni se ha presentado en todos los tiempos bajo la misma forma.

Escrita en mithos, geroglíficos, poemas, leyendas, tradiciones é imágenes de dioses, fué variando paulatinamente hasta que se convino en la forma narrativa, con la cual principiaron á escribirse las historias parciales, que se unieron luego en una, cuando apareció la brillante lumbrera del Cristianismo, y sembró y esparció la idea de la hermandad general del *nosotros* de Jesucristo, contra el *yo* absoluto que se conocía antes, avasallando cuanto encontraba al paso, y sacrificándolo todo en aras de aquél pronombre *egoista*.

Beaufort puso la historia de los primeros tiempos de Roma en la clase de los mithos.

Creuzer y Garres descubrieron símbolos é ideas en las imágenes de los dioses y las historias que les atribuían.

Wolf comprendió que la última espresion de poesía inspirada de un pueblo que escribía su historia, abandonando aquella y marchando hacia el terreno verdadero por que había de seguir despues, era la *Iliada*, pudiéndose considerar ésta como la historia de un pueblo.

Niebuhr describió el significado de la lucha titá-

nica entre patricios y plebeyos que, como todos los hechos de importancia, ofrece una gran enseñanza para el porvenir.

Gaus y Montesquieu demostraron la última relación del derecho con las costumbres.

Y todos estos, y otros muchos que pudiéramos citar, fueron entresacando fragmentos, ideas y conocimientos, y formaron las historias en la forma que se ven hoy, cuyo trabajo completó Bossuet con su célebre *Discurso*.

Kant promovió entre los alemanes la afición á la historia, y, al intentar hacer una general, se dividieron en pareceres sobre el origen y objeto del mundo y la sociedad, y cada uno manifestó lo que opinaba sobre tan trascendental asunto.

Lurgot cree que, á medida que los animales y las plantas se reproducen invariablemente con suma uniformidad, el hombre ha ido mejorando en posición y dignidad, viniendo luego el cristianismo á completar aquella obra.

Heider considera á todos los seres de la creación como una inmensa gradación desde la planta más insignificante y el reptil más imperceptible, hasta el hombre. La naturaleza obra en todo y sobre todo, y el clima ejerce su poderío en el carácter y temperamento de los seres de cada país, influyendo éste en la cultura de aquel, y hasta en su libertad, sus leyes, su poderío, su desarrollo y su vitalidad.

Boulanger opina que la sociedad se ha formado por dominaciones sucesivas de los dioses, los héroes y las repúblicas; la teocracia luego, después las monarquías templadas, y, por fin, el progreso.

Condorcet no ve en el mundo más progreso que los frutos de la Revolución, no desconociendo la marcha progresiva de la humanidad, aunque considerada como un ser único, pero atribuyendo el objeto del perfeccionamiento del hombre y de la sociedad, al bienestar individual.

Demaitre y Ballanche opinan que el mundo es el punto en donde todo debe ser sacrificado en expiación del mal que causa la libertad del hombre, y en donde se desenvuelven los dos dogmas de la caída y la rehabilitación.

Lessing y Daunier creen que todas las religiones fueron revelaciones sucesivas encaminadas á formar luego una religión absoluta, juzgando que todo debe propender al trabajo proporcionado á la inteligencia de cada uno, existiendo ó debiendo existir un premio en armonía con aquel.

Hegel dice que la religión es un impulso del sentimiento, una antorcha de la imaginación, el resultado completo de todas las facultades del género humano, resultando de aquí el bienestar de la sociedad.

Michelet y Schelling ven en la tierra una lucha incesante de la libertad contra el fatalismo.

Y de este modo, incitados por Kant todos los pensadores, cada uno aduce sus observaciones; se discute, se observa, se investiga, se estudia, y se forma la base para las apreciaciones y la unidad necesaria en toda historia general y universal.

De este modo se han ido recopilando todas las especies vertidas sobre los tiempos remotos de la fábula, y se han ido entresacando de los mitos, leyendas, poemas y geroglíficos, cuanto se ha creído útil al esclarecimiento de la verdad.

De este modo, en fin, la historia, nacida del deseo innato en el hombre de conocer los hechos de los demás, se hace un arte, después se constituye en una lección de experiencia, más tarde en un reto para el estudio y la observación, convirtiéndose al fin, como se la considera hoy, y es así en efecto, la ciencia más eficaz, necesaria y conveniente.

Con el relato de los sucesos acaecidos, causas que los promovieron y resultados que produjeron, nos enseña en el presente y nos previene para el porvenir.

El hombre no está, como algunos creen, abandonado por Dios sobre la tierra á impulso de su instinto ó su destino. Cual se han señalado diques al mar, órbitas á los planetas, velocidad en sus movimientos y orden general en todo lo creado; el hombre cumple también con esa ley, y recorre una órbita dada con una velocidad marcada también por el Supremo Hacedor.

Así, pues, como el observador descubre en la inmensidad de los cielos la fuerza que remueve el fondo de los mares para producir el flujo y reflujo, la historia nos ha enseñado el camino, la velocidad y el movimiento que la humanidad ha seguido desde su creación, para indicarnos cuál podrá ser aproximadamente el porvenir, y en su vista que nos prevengamos en favor ó en contra de tal ó cual accidente.

En cuanto á la naturaleza de la historia, no vale que sea verdadera: es menester que sea también moral y bella. La erudición no ha de perjudicar á la soltura de la expresión; ha de ser ingenua é imparcial; ha de abarcar el conjunto sin descuidar los

pormenores; agrupar los sucesos sin confundirlos; unir la variedad de la vida al interés metafísico, y hacerla, en fin, concisa, majestuosa, sencilla, crítica y sagaz.

En el historiador ha de haber, como dice César Cantú, «erudición para ver, exactitud para comprobar, discernimiento para elegir, método para disponer, imaginación para pintar, justicia para fallar, buen ojo para no desvanecerse con el esplendor del triunfo, profundo sentimiento de lo verdadero, á fin de que, aun cuando llegue á engañarse, se conozca no ser culpa de su corazón y si de su entendimiento.....»

«Grave, sin ser frío, constante en sus investigaciones, igual en su estilo, sin que manifieste mucha impaciencia por adelantar, ni la ligereza que induce á acometer inconsideradamente un gran trabajo, á seguirle con descuido y á terminarle con disgusto.»

Por último, la historia universal puede escribirse por el método *ethnográfico* ó *syncrónico*. El primero presenta aisladamente cada nación ó pueblo, y el segundo refiere á la vez los acontecimientos de todos, según el orden de los tiempos.

Si es la historia de un solo individuo, se llama *biografía*; si es del pueblo elegido por Dios, se llama *sagrada*; *eclesiástica*, si concierne solo á la Iglesia; *anecdótica*, si no se refiere más que á hechos aislados; *literaria*, *artística* ó *científica*, si sigue los adelantos del saber y la industria humana; *memoria*, si es de un corto período de tiempo y se refiere solo á una persona ó sociedad de la que se da cuenta en aquella; *crónica*, si es la relación de hechos sin guardar orden ni trabazón alguna; *anales*, cuando la crónica se ordena por años, períodos ó materias; *tradiciones* ó *mithos*, si son los fragmentos de la historia primitiva conservados por los pueblos, y, por fin, los *monumentos*, que son una historia también, y que han servido en todo tiempo para dar conocimiento de hechos notables que se han escrito en piedra, bronce ó mármol, para ser trasladados luego en forma literaria á la historia escrita, á la historia general ó universal.

ENRIQUE DOMENECH.

TEATRO ESPAÑOL.

TIRSO DE MOLINA.

II.

¿Qué podremos decir de las obras de este insigne escritor que no hayan dicho los que con más talen-

to y más experiencia las han juzgado, después de gastar su vida entera estudiando esas inestimables joyas que, á pesar de sus defectos, reflejan en nuestra literatura como una piocha de diamantes?

Por más que nosotros hayamos gastado también la flor de nuestra vida sin separarnos de nuestras lumbresas dramáticas; por más que hayamos pasado los años robando la mitad del sueño para ellas; por más que las vigiliadas enteras hayamos dedicado al estudio de sus obras, si bien están más altas que nuestro entendimiento, no han dejado de prestarnos algún rayo de luz, á cuyo resplandor hoy vamos á examinar rápidamente el interesante teatro de Tirso.

Las comedias de Tirso las reducen algunos, y con razón, á tres clases:

1.^a Las de intriga ó de costumbres.

2.^a Las históricas ó heroicas.

3.^a Las religiosas.

Las dos primeras clases casi se confunden: en todas graba un mismo carácter; todas abundan en las mismas bases, y todas se distinguen por la viveza y facilidad del diálogo.

En las religiosas, aunque siempre se ve al maligno y satírico fraile, no deja de vez en cuando de entreverse al poeta heroico y sublime que en robustos y sonoros versos espresa grandes pensamientos é ideas elevadas. Entre estas descuella particularmente la que lleva por título el *Condenado por desconfiado*, que, además de pertenecer al género romántico, encierra escenas donde resalta su nervio y energía.

Martínez de la Rosa dice que Tirso superó á todos nuestros poetas en malicia y sal cómica; por más que no fuera tan ameno y delicado como Moreto y Rojas, tan ingenioso y urbano como Calderón, ni de tanta ternura como Lope.

Estamos conformes con este mismo escritor, cuando dice que Tirso, con su propia gracia, desarma al crítico que no se encuentra con fuerzas para condenarle.

¿Quién puede condenar *La Villana de Vallecas* ni *La Villana de la Sagra*, á pesar de sus licencias?

Aquellos chistes tan oportunos, aquella soltura, aquellos diálogos que se escapan de entre las manos, aquellas gracias, aquellas frases juguetonas, ¿quién puede condenarlas jamás?

Gil y Zárate se queja de Tirso, porque pinta sus damas generalmente livianas, y como juguetes de pasiones mezquinas. Verdad es que más adelante

dice que es preciso confesar que algunas veces las ha sabido presentar como dechados de virtud.

No sabemos cuánto habría sufrido el alma de aquel poeta; no sabemos cuáles habrían sido sus desengaños, para hacer aquella guerra implacable á la mitad del género humano.

¿Se sabe por qué Gabriel Tellez se encerró en un convento?

No.

Pues puede que esto tenga relacion con las pinturas exageradas que él hace del bello sexo.

Esto no quita para que le tachemos de falta de generosidad, por más que, como hemos dicho, reconozca á veces sus faltas y cambie de ideas, presentándonos á aquél débil ser como un cielo de amor puro y casto.

La *Prudencia en la mujer* y *Pruebas de amor y amistad*, son dos comedias conducidas con acierto, que presentan un cuadro tan perfecto como consolador. En este cuadro se destaca la mujer virtuosa y honrada, retratada con un colorido y una verdad admirables.

Tirso, puede decirse, es el creador de ese carácter novelesco y romántico, que aun hoy día brilla en nuestra escena, y puede decirse en todas partes. En *El Burlador de Sevilla* saca á la escena á ese D. Juan Tenorio, especie de loco cuya fama es europea, el cual dice en una de sus conquistas, acaso con razon:

«Que amor es Rey
Que iguala con justa ley
La seda con el sayal.»

Algunos críticos, como el eminente Lista, llevan á mal que Tellez cree en algunas comedias esos celos entre hermanas, que podrá ser un recurso pobre; pero que como es una cosa, no solo verosímil, sino hasta vista muchas veces, nosotros no podemos hacerle una inculpacion.

Marta la piadosa, *Amar por señas*, y *No hay peor sordo*..... ofrecen tipos de esa clase, que es preciso dejar correr, por más que uno no esté conforme con ellos.

La comedia de costumbres es un retrato de alguna de las fases de nuestra sociedad, y los celos entre hermanas no dejan de tener lugar en ella.

Celos con celos se curan, es indudablemente una de las mejores fábulas hechas por Tirso. En ella tiene caracteres de primer orden, que son los de César y Carlos: aquí, sin embargo, nos sale al encuentro una

de sus faltas: Sirena, la protagonista de esta pieza, es una mujer odiosa y despreciable.

El triste suceso de *Los Amantes de Teruel* ha dado márgen á diferentes dramas, que, mejor ó peor combinados, han aparecido en nuestro teatro, sin contar con el popular de Hartzenbusch.

Tirso ha sido uno de los que con aquel título dió una produccion donde campean escenas tiernas y delicadas.

Citan algunos de sus biógrafos como de las mejores comedias suyas, las que llevan el título de *Por el sótano y el torno*, y el *Vergonzoso en Palacio*, que efectivamente se distinguen por la vis cómica, y mas que nada, por la facilidad con que están dialogadas, y por las ideas tan atrevidas que tienen, como cuando dice Tirso en la segunda citada:

«¿Si? Andad: Hecho me há temer
Alguna burla, aunque hablo,
Que no tendrá miedo al diablo
Quien no teme á una mujer.»

En las comedias de costumbres hay cuadros animadísimos, por más que resalte la poca escrupulosidad del autor.

Léase si no *Don Gil de las calzas verdes* y *El Amor médico*.

En otras, separándose de su acostumbrada licencia, emprende un buen camino, que á veces concluye en una leccion moral. Á este género pertenecen *La Celosa de si misma*, *Marta la piadosa*, *Por el sótano ó el torno*, *Ventura te dé Dios, hijo*; *Privar contra su gusto*, y otras varias.

Tirso, puede asegurarse que ha tocado el amor en todos sus tonos, y que, como Zorrilla en su *Tenorio*, puede decir:

«Ha recorrido mi amor
Toda la escala social,
Desde una princesa real
Á la hija de un pescador.»

Para probar esto, no hay mas que leer *El Castigo en el penique*, *El Vergonzoso en Palacio*, *El Burlador de Sevilla*, *Amor y celos*, *Amar por razon de estado*, y otras que fuera prolijo enumerar.

En algunas comedias se descuidó Tirso demasiado, imitando, y á veces sobrepujando la regularidad de Lope de Vega, como puede verse en *El Pretendiente al revés*, *La República al revés*, *Del mal el menos*, y algunas otras, pocas verdaderamente, porque el público empezaba ya á saborear otros tiempos y exigir

otras cualidades; en una palabra: empezaba á brillar la aurora de Calderon y Moreto.

Estravagante algunas veces, llegó á producir obras que parece mentira que saliesen de aquella pluma privilegiada.

¿Quién ha de creer pertenezcan á Tirso exabruptos como *Escarmientos para el cuerdo*, *La Condesa bandolera*, *Los Lagos de San Vicente*, *El Mayor desengaño*, y algunas más?

¿Quién ha de creer que quien trazó esos planes tan disparatados, era el creador de *Amar por señas*, *Amor y celos hacen discretos*, y, sobre todo, *Pruebas de amor y amistad*?

Esta comedia, ideada como la mejor, está concluida hasta su desenlace magistralmente. Aquella Estela, resistiéndose á un príncipe y á las injusticias de un amante celoso, es el tipo ideal de la ternura y la virtud.

Habiéndonos estendido demasiado en este artículo, en otro concluiremos de dar una idea rápida y sencilla de las obras del ilustre mercenario.

A. ALCALDE VALLADARES.

LA VIDA.

SONETO.

Gota brillante, que desciende al suelo
Desde la nube, al despuntar la aurora,
Del sol mira la luz y se evapora,
Y allá se pierde en el etéreo velo.

Si por señal de su infeliz anhelo
Huella en la tierra, do cayó, elabora,
Es fango impuro do la asfixia mora:
No límpido esplendor de claro cielo.

Así la vida, al estender ufana
Sobre este mundo su gigante idea,
Marchita mira su ilusión temprana
Súbito al soplo, que la muerte crea;
Y si deja tal vez una memoria,
¡Es de amarguras miserable historia!

ILDEFONSO LLORENTE FERNANDEZ.

GALERÍA HISTÓRICA.

II.

EVA.

El soplo del Creador había difundido la vida en las entrañas del caos; las tinieblas desaparecían convertidas en diáfanos vapores; la luz surgía de la os-

curidad, y un caudal de rayos esplendentes se deramaba por la inmensa bóveda de lo infinito, reflejando sus resplandores en millones de astros que, como una bordadura de pedrería, brillaban sobre el trasparente azul del firmamento.

El calor de la vida circuló por las entrañas de la tierra; dilatáronse sus superficies y se formaron las montañas; estendiéronse en espumantes llanuras los mares; brotaron las fuentes y comenzaron los caudalosos ríos á deslizarse por las campiñas y los valles; los árboles tejieron entre sí su primorosa cortina de verduras; las flores matizaron el menudo césped ó se mecieron juguetonas entre los arbustos; los vientos soplaron blandamente, y el universo principió á vivir.

Dios tomó en sus palmas un poco de aquella tierra recién creada, y el divino Artífice formó al hombre á su semejanza.

Adán vióse dueño y señor absoluto de cuanto le rodeaba: animales, árboles, frutos, cuanto constituía aquel oasis de flores y de vida, llamado *Paraíso*, era patrimonio esclusivo de aquel sér dichoso que al impulso celeste acababa de brotar del cieno.

Rey de la creación, miróse el hombre, sin embargo, rodeado de la soledad, cercado por una naturaleza rica, brillante, pero que no podía comprenderle.

Dios, entonces, aprovechando un sueño profundo de Adán, tomó una de sus costillas, vistiéndola de carne, la comunicó el principio de la existencia, y la mujer fué creada para compañera y consuelo del primer hombre.

Aquella belleza incomparable, resplandeciente con la primera luz, uniendo á una juventud encantadora un candor celestial, se llamó *Eva*, en hebreo *Hevah*, ó sea madre de los vientos.

Al ver Adán á su mujer, asombrado, exclamó aquellas palabras que reflejaban ya el lazo indisoluble del matrimonio: «Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne.»

Libres de toda mancha, nada turbaba la felicidad de la inocente pareja. Todo era nuevo para ellos; un pájaro que cruzaba por los aires, una fuente que nacía de una peña, una flor que abría su corola al céfiro, eran otras tantas dulces sorpresas.

En el centro del Paraíso, majestuoso y deforme, se alzaba un árbol solitario, en cuyas ramas nunca el ave había fabricado su nido, y cuyas hojas parecían muertas á los halagos de la brisa.

Era el árbol de la ciencia del bien y del mal.

El Señor habíales impuesto á los recién creados el precepto de no tocar el árbol misterioso, pero el demonio, bajo la astuta forma de serpiente, sorprendió el corazón de Eva, y ésta, á su vez, arrastró á su marido á la desobediencia.

El precepto fué roto, y la desdicha cayó como una lluvia de lágrimas sobre Adán y su mujer.

Entonces fué cuando el Señor, irritado, ordenó al ángel que arrojase á los esposos de aquel jardín de delicias.

Entonces es también cuando Eva, víctima de su primera falta, aparece envuelta en un velo de dolores y amarguras.

Abandonando el Paraíso, huye con su esposo al fondo de los sombríos bosques, y privada de la espiritualidad primitiva se convierte en un ser humano, y, como tal, condenada á los trabajos y á la muerte.

Ella consuela cariñosa á su afligido esposo, dedicado á los penosos trabajos del cultivo de aquella tierra que antes le obedecía; ella se desvela sobre la cuna de sus hijos, y llora después la desdicha de Abel y la expiación de Cain.

Nunca más digna de admiración y de respeto aquella primitiva mujer que en su estado de esposa afligida, de madre desconsolada.

Eva, según los sagrados textos, tuvo muchos hijos de ambos sexos; la edad que tenía cuando murió se ignora, aunque se supone era la misma que la de Adán, siendo esta la de novecientos treinta años.

Casi todos los pueblos profesan gran veneración á la memoria de la primera madre de los hombres; los orientales la dedican una fiesta en 19 de noviembre.

Profundo respeto inspira, en verdad, el recuerdo de aquel delicado ser que el Hacedor en un momento de cariño, colocó al lado del primer hombre para su ventura y esperanza.

JOAQUÍN TOMEO Y BENEDICTO.

AMOR.

(TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO.)

El amor es primero
Límpida fuente,
Do la bella coqueta
Desea verse;
Y ante ella, niña,
Pensativa ó alegre,
Pronto se inclina.

Después, cuando posee
Ya vuestro pecho,
Cual la virtud, os lava
Del vicio horrendo;
Y vuestras almas.
Hace puras cual flores,
Cual flores cándidas.

Después avanza un poco;
El pie ha metido....
—¡En este caso, niña,
Es un abismo!
Vana es la fuerza
Pues se va con el agua
Que la rodea.

Amor es agradable,
Puro...—Te engañan;
Tal el niño atraído
Por limpias aguas,
Vese allí y goza,
Después allí se lava
Y allí se ahoga.

R. FERRER Y BIGNÉ.

CONSECUENCIAS DE LA ENVIDIA.

LEYENDAS ÁRABES.

(Continuación.)

—Soy viejo, se decía, para esta mujer joven y adorable, y pronto iré á dormir ese sueño, del cual no se despierta jamás.

Los goces que ahora poseo, serán alejados de mí por el letargo de la muerte, y ya no podré dormir arrullado por la mirada de esa mujer, ni podré descansar á su lado en el diván y contarla mis deseos y mis temores, y mis dichas y mi amor.

Esta pena fué tomando mayores proporciones en el espíritu del árabe, cuando supo que la encantadora mujer que tanto amaba, iba á dar al mundo un heredero de su nombre.

Siempre halaga á los padres esta idea; pero cuando el precioso vástago es hijo de una criatura en quien han depositado su voluntad y sentidos, con uno de esos amores que hacen la felicidad de dos almas enamoradas y ardientes, debe ser tan grande el goce, como el horrible miedo de perderlo.

¡Bendita la religión cristiana que une las familias en la tierra y las separa á corto plazo, reuniéndolas eternamente en el cielo!

El niño que dió á luz Sara, se llamó como su padre.

Tenia negros ojos, cual dos grandes ventanas en una blanca pared de mármol.

Su pequeña boquita, parecía una imitación del coral, y su cabeza era como una naranja china que se adornase de seda.

No querían que nadie viese al niño; porque temían que fuese hechizado; y para evitar el maleficio preguntaron al sabio emir qué harían con él: entonces éste les dió una especie de barniz, que tenía un color azafranado, para que hiciesen con un pincel algunas rayas y misteriosas cifras en aquel delicado cuerpo, con lo cual quedaba libre de todo encantamiento, y en vano los magos y hechiceros podían cebarse en él.

Más agradeció á su amigo el viejo moro este contra-encantamiento, que la misma mujer que le enviara para labrar su dicha.

Ya podía enseñar su niño á todos los amigos, y llevarle en sus hombros con orgullo, diciendo:

—El viejo Malek tiene un hijo más bello que los planetas que resplandecen allá arriba.

El añoso árbol ha dado al mundo una rama fresca y lozana como las vides.

El anciano pastor lleva en sus brazos un cordillito.

Ya la vejez huye de mí, puesto que tengo en mis brazos una reproducción de mi ser, llena de frescura y de inocencia.

—Y el entusiasmado árabe besaba las rosadas mejillas del niño, y, sentándose en el suelo, le daba frutas y juguetes, y le servía de compañero en sus recreos infantiles.

Después lo llevaba á su madre, haciéndole estampar los labios en los sitios que él los había estampado, y abrazaba á los dos con la mayor ternura.

«Hay hombres que solo nacen
Para gozar del amor,
Y sin él no tiene dicha
Su sensible corazón.

Esposos dulces que el cielo
A la mujer envió,
Para ser tan solo un alma
Partida entre cuerpos dos.»

Mas no porque el árabe amase tanto á su esposa y á su pequeño Malek, dejaba de querer á su hija adoptiva Sharaca.

Al contrario, su alma bondadosa temía dar celos

á la hermosa joven, que ya era la más arrogante muchacha de la Meca, y la acariciaba como nunca, y la daba joyas y dijes, y acataba sus palabras como preceptos, y jamás la decía *no* á sus continuos caprichos é infundadas exigencias.

Esto formó en la joven el carácter altivo con que hemos visto intimar á su padre.

El pobre Malek se hallaba á la sazón presa de una hipocondría que le debía llevar en breve al sepulcro.

Esta era nacida de haber perdido hacia pocos meses á su segunda mujer, Sara, de resultas de una fiebre maligna, que en pocos días la llevó á la tumba.

Para no aumentar el padecido árabe su espíritu con la vista del hijo de la que tanto había amado, lo mandó unos días á casa de su amigo el emir, ínterin vertía á torrentes las lágrimas y se entregaba á la desesperación.

Precisamente cuando Sharaca tuvo la exigencia de que su padre la llevase á viajar, era cuando este sentía su alma más lacerada y oprimida; pero quizás por lo mismo consintió en el viaje, no sin ir antes á dar á su niño mil abrazos, y á prometerle cien mil baratijas para sus travesuras, entre ellas un caballo de madera, color de ceniza, con crines negras y rudecillas brillantes más ligeras que una máquina.

Cuando esto, tenía el pequeñuelo Malek cinco años, y, sin embargo, con su vocecita dulce y su equívoco tartamudeo, y sus relaciones graciosas, se despidió de su padre, y pareció quedarse compungido y lloroso cuando este partió.

El amante padre llevaba el corazón oprimido, y ya se había alejado bastante, cuando volvió para estrechar la mano del emir, y recomendarle de nuevo á su hijo.

Éste le hizo mil protestas, y señalando al cielo, le dijo:

—Por la estrella que me ha protegido desde que empecé á amarla, y por las tumbas de mis mayores, donde se han sacrificado tantos caballos y camellos como se necesitaban para la resurrección, que ese tierno infante será mi hijo en el caso de que murieses en tu expedición, ó en los desiertos arenales que debes cruzar.

Las lágrimas asomaron á los ojos del árabe, y partió más tranquilo.

Cuando llegó á su casa, ya tenía dispuestos Sharaca los camellos que debían conducirlos en su caprichoso viaje.

Todo el afán de esta altiva doncella era encontrar un sabio doctor, de los que entonces más sobresalían por sus elixires químicos, que por su ciencia, y que le diese una bebida que le hiciese aborrecer á Abdalá, ó hacer morir á la amada de este, ó condenarla á una fealdad tan grande como poderosa era su hermosura.

Sobre todo, iba en busca de un caldeo poderoso, en los cuales únicamente existían dos talismanes que todo lo vencían, destruyendo el poder de los inconvenientes.

Si lograba uno de estos por medio de dádivas, ó por el poder que ejerce la hermosura, Abdalá sería su esposo, y Amina, la prometida de este, vendría á ser su esclava y á cantar canciones de amor á las rejas y celosías de la alcoba nupcial, mientras ella gozaba la dicha codiciada tanto tiempo.

Su loca imaginación se forjaba estas quimeras; porque viviendo en el gentilismo, mal pudiera recurrir al alma ni á la razón.

Solo sabía que la naturaleza era la señora de los seres, y que se debía complacer su malhadado organismo, no importando para ello cometer, si necesario fuese, crímenes.

Ella solo sabía acatar los ídolos de la Cava, y para partir á su viaje había ido á arrodillarse ante los falsos dioses y las más falsas imágenes del templo; y estas, en el lenguaje mudo de su errónea fé, le habían dicho que partiese; si no encontraba el talismán apetecido, volviese en peregrinación, y allí se decretarían los sacrificios con los cuales vencería el maligno genio que la robaba su felicidad.

Sharaca salió de la Meca con la alegría que da la esperanza de un cercano bien, y soñando en su vuelta triunfal, y en el poder hechicero que ejercería en los que ahora la amaban y la huían á la vez.

Quizás soñaba con más de una venganza; quizás le era dulce la idea de un castigo.

Si hubiéramos de acompañarla en su peregrinación y penetrar en el fondo de sus ideas, veríamos que era tan hermosa como terrible, tan vengativa como apasionada, tan pueril como una mujer débil, y tan valiente como un guerrero.

Pero nosotros, nacidos bajo el benéfico sol del Mediodía, acostumbrados á las praderas, los bosques suavísimos y los cristalinos manantiales, preferimos dejar ir las caravanas por los desiertos y quedarnos en el fondo de nuestros hermosos valles, donde nos

cantan los poetas el matrimonio de Abdalá, la desesperación de las doncellas, y todas las tradiciones románticas de aquellos países.

¿Para qué fin habrían nacido los escritores y los sensibles vates, si todos pudiéramos penetrar lo que ellos penetran, y desenvolver los misterios del corazón y cantar los gemidos de las almas?

¡Sigán su misión los privilegiados seres que nacieron con el acento de la seducción en los labios y la historia del mundo en la mente!

Mañana los gemidores sauces se inclinarán en sus tumbas, y los laureles irán á entretejer coronas para colgarlas de sus melancólicas ramas, diciendo:

—¡Ya que tú les das lágrimas, yo les doy gloria!

Escuchemos la voz de los biógrafos musulmanes, y cantemos con ellos la vuelta de la desventurada doncella, que, con más de doscientas de su país, murieron en una sola noche: aquella en que se celebraron las bodas de Abdalá.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

CANTARES.

Antes, vivir en tus brazos
Era mi ardiente deseo;
Y hoy me contentará... solo,
Con poder morir en ellos.

Rosa que sobre el tallo
Mucho se eleva,
Y mas alta que todas
Á verse llega,
Vaya con tiento,
Que puede ser la que antes
Se lleve el viento.

Jamás creí en el amor;
Pero siempre que te veo,
Poniéndome de rodillas,
Digo: "creo, creo, creo."

Una ilusión yacía
Bajo una losa:
De este sepulcro un día
Brotó una rosa.

Las ilusiones,
Hasta muertas alegran
Los corazones.

—Hoy son tus ojos luceros
Y es mas dulce tu beldad.
—Es que vengo, caballeros,
De ejercer la caridad.

Cuando miro una tumba
Cierro los ojos,
Y de quedarme en ella
Me dan antojos:
Y es que mi vida
Está desde hace tiempo
De muerte herida.

A. CAMPOS Y CARRERAS.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

Viaje alrededor del coliseo de Oriente.

En la anterior revista, prometimos á nuestros lectores otorgar indulgencia plenaria en favor de ciertos pecadillos dramáticos nominados *funciones de Pascua*, y á la hora en que escribimos estas líneas no podemos anular el privilegio porque las empresas continúan paladeando el turrón de Navidad. En este concepto, y mientras no se presente en campaña obra nueva que examinar, vamos á aprovechar el armisticio, consagrandolo al teatro de la Ópera algunos desaliñados renglones.

Empezamos esta tarea renunciando á traer á luz el capítulo de cargos que resultan contra la empresa desde el principio de la temporada: hacemos abstracción de los innumerables pecados filarmónicos que allí se han cometido; omitimos el exámen de las partituras ejecutadas, en razon á que las conoce el público hasta la saciedad; y, por último, confiamos á otras plumas de mayor *experiencia* la tarea de malgastar el tiempo en discutir la reputacion de ciertas personalidades que el público ha sabido apreciar con criterio sano, mal que cuadre á tanto insigne *galantuomo* de los que han salido al palenque, pertrechados de lanza y armadura, para sostener lo imposible ó para derribar lo que está bien construido.

En nuestro humilde concepto, existen dos causas latentes y poderosas que minan y destruyen el encanto que los *dilletanti* encuentran en los espec-

táculos del coliseo de Oriente. Una de estas causas es el trasiego de actores (permitasenós la frase) que la empresa viene realizando con tan soberano aplomo; y la otra es la monotonía que resulta de la poca diversificación que se introduce en el repertorio, defraudando hasta cierto punto las legítimas esperanzas de los favorecedores del regio coliseo. En otra ocasion nos hemos ocupado de la misma cuestion en estas columnas.

Del trasiego de actores refieren las buenas almas murmuradoras, lindezas que no se pueden comentar, porque implican gravísimas culpas: hay quien dice que la empresa cuida más de satisfacer las exigencias del buen gusto parisien, como si el gusto español fuera tan malo que dejara de tasarse á peso de oro: hay quien dice que aquí no se mira mas que á cubrir el espediente, mientras en París nó se omiten dispendios ni sacrificios; y, por último, hay quien dice que si bien es verdad que la empresa se propone completar un cuarteto de *primo cartello*, deja pasar el tiempo de una manera lastimosa, mientras sostiene en París constantemente un personal de *primitissimo* orden.

De todos estos cargos resulta para nosotros una sola evidencia, y es: que el coliseo de Oriente cuenta en la actualidad con una *troupe* bastante mediana, fuera de la Penco, de Mario y de Selva.

La señorita Vitali es una prima donna de escasas facultades, que á pesar de sus buenos deseos, encuentra imposibles muy superiores: la Spezzia es una buena actriz, pero con voz muy desagradable; el tenor Corsi es casi una nulidad; el barítono Aldighieri posee una voz magnífica, pero la exagera y la desvirtúa; y en cuanto al tenor Nicolini, bien sabemos que es un cantante de provecho, y una gran esperanza para el porvenir; pero á fuerza de llevar sobre sí el peso de casi todos los espartitos que se hacen, acabará por rendirse.

Tal es, en resúmen, el estado de la compañía, y aun de las partes principales, podríamos borrar el nombre de Mario, si no fuera porque es el genio reducido á la impotencia, y porque, á pesar de su visible decrepitud, hay algo siempre que admirar en él, aunque no sea mas que esa lucha enorme, titánica, prodigiosa, que sostiene á veces para triunfar del tiempo y de la naturaleza.

Respecto á la diversificación de los espectáculos, bien puede decirse que es enteramente nula. Cinco ó seis óperas de Verdi; otras tantas de Donizetti; cua-

tro de Rossini; tres de Meyerbeer; otras tres de Bellini; una de Paccini y otra de Hotosco; hé aquí el repertorio con que se viene confeccionando el programa hace muchos años; de modo que pasando de cuatrocientas las óperas escritas, pueden tener por seguro nuestros más afamados *dilletanti* que no conocen arriba de tres docenas, cosa que debe des-
esperarlos magníficamente.

Tales son las causas que en nuestra opinion contribuyen á matar lenta pero eficazmente el entusiasmo del público, y creemos que si la empresa no acaba de tomar una resolucion decisiva, concluirá por acarrearle enemistades peligrosas y defecciones que la perjudican en grado considerable.

Nada decimos de una de las cláusulas del convenio en que se prescribe á la empresa el deber de hacer algun espartito de maestros españoles: esta cláusula viene siendo una negacion por lo tácita. Tenemos entendido que guarda en cartera varias partituras de autores nacionales, sin cuidarse de sacar una sola á plaza, á fin de halagar nuestro amor patrio. Serán defectuosas y aun desatinadas si se quiere; pero nuestra indulgencia hubiera recompensado todos los sacrificios.

Para concluir: hemos sabido que se aguarda á Mad. Lagrange y al tenor Fraschini; y hemos sabido que se prepara la representacion de la gran ópera de Meyerbeer nominada *El Profeta*. Estamos de enhorabuena si esto es así, y felicitamos á la empresa de antemano; pero, aun con aquellos dos célebres cantantes, parécenos que no se completa todavía el cuarteto de *primissimo cartello* que tenemos derecho á exigir, si es que el contrato realizado con el gobierno no es una ilusion. Así, pues, medite la empresa detenidamente estas breves consideraciones y otras análogas que se pueden hacer, reconquiste de nuevo las simpatías del público, desatienda los consejos officiosos de aquellos que se consagran á co-
honestar todo lo que no es licito, y caminando via recta por la senda de su deber, verá si alcanza los más felices y halagüeños resultados.

LEANDRO A. HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

A juzgar por la temperatura presente, nos ahorraríamos el trabajo de escribir la siguiente revista:

la lluvia azota con fuerza los cristales, y nuestras elegantes se mantienen recogidas en sus confortables habitaciones, disfrutando en familia los inocentes goces de Nochebuena.

Considerando, no obstante, algo filosóficamente la inestabilidad de las cosas humanas, calculamos la pronta mutacion de la atmósfera, y traslucimos el sol á través de los espesos nubarrones, oreando el piso y devolviendo la animacion á los desiertos paseos. Prevemos á nuestras bellas un poco inclinadas al *spleen*, que no pueden menos de inspirar tantos dias tristes á las que nacieron bajo la influencia de un cielo trasparente y una envidiable luz, difundiendo alegría en el carácter, y travesura en los encantadores ojos, tormento de muchos habitantes de otros climas menos privilegiados que el nuestro.

Un pensamiento que no nos abandona, trasmite al borde de nuestra pluma la idea de distraeros en el rincon del hogar, confeccionando lo que os ha de embellecer cuando llegue el caso de que vuelva el sol á visitarnos.

Demasiado prematuro es el abordar la cuestion de los trajes de baile, porque aun no han empezado las grandes recepciones: debemos decir, con todo, que los cuerpos de los citados trajes serán, con cortas escepciones, abotonados por delante, lo que permitirá la gran comodidad de vestirse por sí misma, siendo gustosamente aceptado por aquellas á quienes la combinacion de la trencilla debia ser sumamente enojosa. Con estos cuerpos son de rigor los grandes cinturones de diferentes formas, con aldeas, á puntas, postillon y otras, debiendo hacerse en raso guarnecidos como la falda, ó, lo que es mil veces preferible, enteramente de encaje, mucho más lindo y menos pesado.

Los bordes de falda en los trajes de salir, se hacen menos generalmente denteados, y los adornos se disponen sobre el falso. El *point-de-soie* y el raso con aplicacion de terciopelo, son los tejidos del momento. Como adornos se muestra con frecuencia el efecto de una falda drapeada sobre otra inferior, muchas veces de diferente color, pero generalmente igual: La piel se emplea mucho como adorno.

Calculemos el efecto de los dos siguientes trajes drapeados. El primero es de *moiré* gris ruso, con un encañonado de diez centímetros en terciopelo pensamiento, que guarnece el bajo. Una especie de segunda falda descende á veinticinco centímetros de éste, guarnecida con un plegado, y drapeado lue-

go á cada costura con abrazaderas de terciopelo pensamiento, de veinticinco centímetros de altas, y fijas con botones de acero cuadrados; el cuerpo es alto y abierto por delante en toda su altura, dando paso á una chorrera de muselina plegada. Termina por detrás formando cola-frac, y las mangas son de codo.

El segundo es de raso verde drapeado mucho más abajo, pues la falda inferior, que es lisa, apenas depasa quince centímetros; la de encima está drapeada con cordones de pasamanería, que partiendo del talle vienen ensanchándose hasta abajo: es magnífico. Sobre el cuerpo liso con cintura de pasamanería lleva forrajeras de cordón, escapándose de ricas hombreras.

Los sombreros de felpa gozan de gran favor; pero es una felpa diamantina, que se emplea también para confecciones, y es sumamente elegante. Reprodúcese con igual éxito en tintas claras que oscuras; para sombreros gris silvia, lila, rosa, blanca, es deliciosa. Estos sombreros se adornan muchas veces de trenzas en terciopelo, reemplazando al bavolet. No hallamos nada tan encantador para semi-toilette elegante.

Nos despedimos dando algunos detalles sobre los pañuelos emanados de la casa especial de París la *Sublime Puerta*, calle de la Paz, núm. 44. La novedad del momento es la hoja de encina, el ramillete de rosas reliado con ramaje, y la flor de lis. Aparte del bordado de increíble perfección, la grande elegancia de estos pañuelos consiste en un alto *valencienne*, reproduciendo exactamente el dibujo del bordado espresamente ejecutado para el pañuelo. Cuando se destinan á semi-toilette se guarnecen solamente de un *valencienne* estrecho.

Esperamos en el próximo número saludar á nuestras lectoras con un tiempo más agradable.

JOAQUINA DE CARNICERO.

CHARADA.

Cuando voy con un amigo
Y distingo una muchacha,
Digo mi prima y segunda
Por si aquel quiere mirarla.
Mi tercera y mi segunda
Es una diosa gallarda
Que prodiga dadivosa

Á mi tercera y mi cuarta;
Siendo el todo, si te fijas,
Hombre célebre en España.

E. D.

Solucion de la charada anterior.

RI-OS-TRA.

ESPLICACION DEL FIGURIN ANTERIOR.

Trajes de máscaras que pueden servir tanto para niños como para personas mayores.

Primera figura. *La locura.* Falda blanca de nan-cin con un pequeño volante encañonado, y otro grande encima que llega hasta el hueco de las ondas que forman la segunda falda. Esta es de terciopelo grana, adornada con un galon de oro y una bola dorada también en cada pico.—*Scepincer* de terciopelo cortado á picos como la falda, y adornado de lo mismo, con dos broches dorados. Cuerpo blanco, tableado y escotado, manga pagoda encañonada, collar de bolas doradas, y pendientes idem La gorrita, especie de toca tricorua, es de terciopelo grana, formando Maria Stuard, con dos caidas atrás que terminan en bolas doradas; botas de terciopelo grana con dos filas de botones.

Segunda figura. *Aldeana de la Edad Media.* La primera falda es de glasé con un borde de ocho centímetros, de terciopelo grana dorado, y sobre ella un entredos negro de un centímetro de ancho, formando ondas. La segunda falda es de *Royal* amarillo con un ribete de terciopelo grana al viés, de dos centímetros. Esta falda es del mismo largo que la primera, y va recogida con un cinturon por el costado formando tablas.—El *Casaquin*, de tres piezas sueltas; *l'amador*, se sujeta con la manga blanca, que se corta mucho más larga que el brazo; forma un bullon en la muñeca, otro en el codo y otro en el hombro.—*L'Espagnolet*, que es la parte alta de la manga, se junta al cuerpo con entredos, haciendo el mismo dibujo de la primera falda. El cuerpo se corta cuadrado, y va abrochado adelante con cordones cruzados.—La toquilla, griega, con un lazo atrás. Zapato turco.

Tercera figura. *Cromwell.* Calzon de terciopelo guinda, chaqueta de terciopelo blanco, cuello, man-

ga y guarnicion del calzon de *guipures* de Venecia. Sombrero negro con pluma, y bota de ante.

Cuarta figura. Pastora. Falda de glasé blanca, con tres tiras de terciopelo negro de cinco centímetros, colocadas á igual distancia. La segunda falda es de glasé color de rosa, recogida de los costados con lazos de caidas y tiras hasta la cintura. El cuerpo de terciopelo negro, descoté cuadrado con ribetes rosa, va abrochado adelante con trencillas. Camiseta y mangas llevan bordado y entredos de *valenciennes*, pasando por un terciopelito negro que forma lazo sobre las mangas y detrás del descote. Una gargantilla de terciopelo negro que forma lazo detrás. El adorno de cabeza se forma con un escarolado de glasé rosa picado, que forma María Stuard con caidas largas. Zapato de raso negro escotado, con hebilla cuadrada.

Quinta figura. Húngara. Vestido de glasé color paja, adornado de tres vueltas de cordon de pasamanería negro. El cuerpo abierto por delante formando peto, abierto tambien. Va adornado como la falda. La manga ajustada y de codo, corta, para dejar ver un bullon de encaje blanco. Gola á lo Enrique IV. La túnica ó segunda falda se forma por cuatro anchos de terciopelo azul, abierta por los costados hasta la mitad, adornada de cisne formando ondas ligeras. El cuerpo tiene el corte de torera, y la manga larga y perdida, adornada del mismo modo. La *gomte* es de terciopelo azul con su ribete de cisne.

Estos trajes se podrán hacer y se hallan de muestra en casa de Mad. Elisa, Puerta del Sol, núm. 44, donde hay una gran variedad de sombreros, adornos, pasamanería, cuellos de aplicacion, y flores, plumas de fantasia, etc.

ESPLICACION DEL GRABADO DE LENCERIA.

Sombrero de terciopelo formando *fauchon*, con un pájaro de larga cola puesto en un lado; un encaje cae por delante; carrilleras de blonda, y cintas de terciopelo verde.

Sombrero de raso abullonado á lo largo con traviesas de terciopelo, fondo redecilla de terciopelo, adornado de perlas, pluma por detrás, redecilla perlada cayendo delante, carrilleras bullonadas con perlas; cintas de raso.

Gorra de muselina, bullonada en el fondo, lisa de arriba, y adornada de tiras bordadas que alternan con otras de cinta de color de rosa bullonadas. La guarnece una tira encañonada, cintas blancas y rosa rizadas de un solo lado.

Gorra de muselina con entredoses y plieguecitos, formando grandes puntas sobre el fondo, un encañonado la guarnece, y unos lazos de cinta azul de raso; caidas iguales.

Juego de cuello y puños de tela con picos y *valenciennes* alrededor.

Juego de cuello y puños de batista, con bullonados de cinta color lila, plieguecitos y guarniciones.

Cuerpo de muselina blanco, adornado de patas de cinta lila ribeteadas con puntillas ó guarniciones bordadas; igual adorno alrededor de las aldetas y las vueltas de las mangas; botones de fantasia, cinturón imperial.

Vesta para reunion de confianza: es de organdi, adornada de bullones y guarniciones: entre los bullones pasa una cinta de raso. Tambien puede hacerse de tul, llevándola encima de los vestidos escotados.

Cuerpo de muselina para señorita joven. Está hecho de entredoses y bullones de cinta de raso; mangas anchas, cortas, cogidas con un entredos. Este cuerpo puede llevarse con una falda de seda color claro, poniendo del mismo color las cintas del cuerpo.

Por el mal estado de los caminos, no ha llegado un dibujo que esperábamos para darle con el figurin que repartimos con este número; pero le daremos en el inmediato.

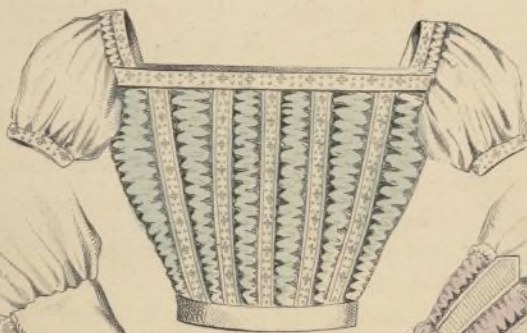
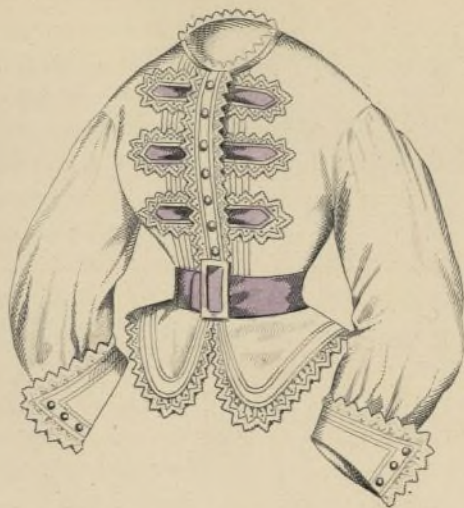
Esta falta es ajena á nuestra voluntad, y por lo mismo esperamos nos dispensen nuestras bellas suscriptoras.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



Long long e des. Paris 46.

LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Ayuntamiento de Madrid

